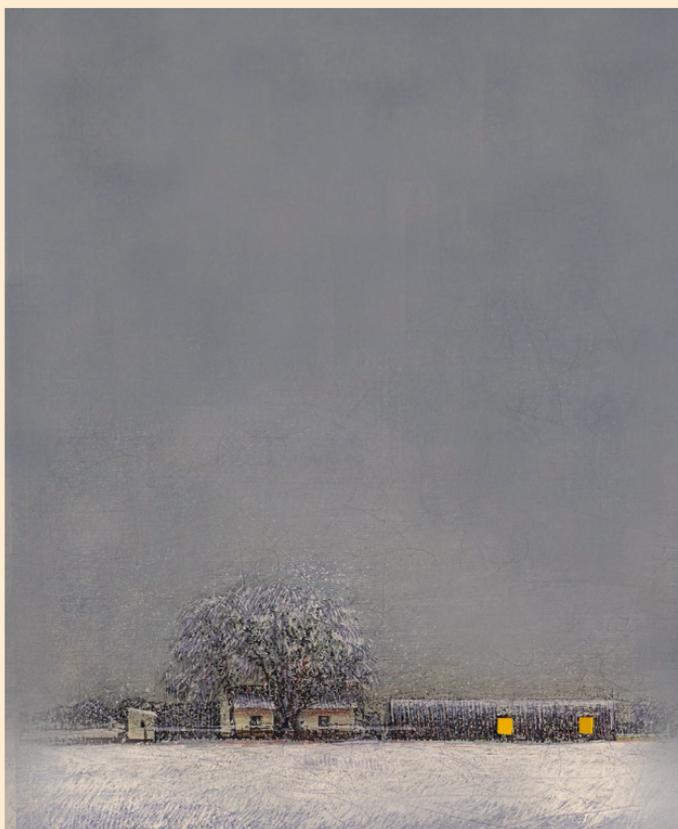


Mal tiempo

JUAN VILLA

EPÍLOGO DE J.J. DÍAZ TRILLO



C

Editorial Comba



Nueve años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2023

Colección Narrativa

Mal tiempo

JUAN VILLA

EPÍLOGO DE J.J. DÍAZ TRILLO



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Ilustración de Daniel Bilbao, 2023, técnica mixta

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Juan Villa, 2023

© del epílogo: José Juan Díaz Trillo, 2023

© de las ilustraciones interiores: Juan Villa, 2023

© Editorial Comba, 2023

c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis

08036 Barcelona

ISBN: 978-84-124638-8-0

DL: B 4705-2023

Índice

Mal tiempo	9
Los almajos	85
Epílogo: Buena letra	161

Las guerras... destruyen a vencidos y vencedores.

Nuccio Ordine



Mal tiempo

*A Antonio Camacho,
Guarda Mayor del Patrimonio Forestal del Estado*

«Todo fragmento, o parte, de la totalidad de la naturaleza es siempre una mera *aproximación* a la verdad completa, o la verdad completa hasta donde la conocemos. De hecho, todo lo que sabemos es tan sólo algún tipo de *aproximación*.»

Richard P. Feynman,
Seis piezas fáciles. La física explicada por un genio

«Cada hombre lleva la forma entera de la condición humana.»

Montaigne, *Ensayos*

¡Pero quién coño es el que viene entrando, eh! ¡Monterito, el hijo del Guarda Mayor, nada más y nada menos!, exclamó el sargento de la Guardia Civil quitándose el tricornio con retrónica —obeso, teatral, quisquilloso, bonachón, descreído—. Ventura Montero acababa de llegar al hangar con el tractor, cubiertos de nieve la máquina y él, desprendiéndose ahora de la bufanda con la que se embozaba el rostro.

Dile a tu padre que ya va a tener otra vez por los cotos al Zarco haciendo fechorías, ¿eh? Que ya lo han echado o se ha ido él o qué mierda sé yo de Los Aguayules. Y mira que se lo dije yo bien claro a tu padre, este hombre no es para esto, Manuel, ése no dura allí tres días. Demasiado ha durado, que lleva más de dos meses con el espinazo doblado arrancando monte. Ha puesto empeño el pobre, no digo yo que no, pero cada uno es como es, y a ése lo parieron furtivo y furtivo se va a morir, por mucho que tu padre quiera encarrilarlo. A ése no hay quien lo encarrile, te lo dicen mis cojones, Monterito —el sargento, aspaventoso, se golpeaba el hinchado pecho con el índice—. Después del trabajo que nos costó a tu padre y a mí colocar a un tío así,

que nos faltó poco para tener que ponernos de rodillas delante del encargado, poco nos faltó para besarle el culo. Del Zarco no se fía ni Dios, niño, nada más que dos tontos como tu padre y como yo. Para una poca leche, ya se ha visto, ¿eh?

¡No me lo diga! Conque mi padre fue el que lo colocó. Bueno, y usted. Ahora me vengo yo a enterar —saltó sorprendido Ventura Montero— que fue mi padre quien habló para que colocaran al Zarco en Los Aguayules. Ya me extrañaba a mí que a ése peje le hubieran dado trabajo así como así.

El sargento refirió el caso. Manuel Montero, el Guarda Mayor, se acercó un día al cuartel de la Guardia Civil de la aldea para pedirle que lo acompañara a hablar a las oficinas del INI —instaladas en lo que ahora habían bautizado Cortijo de los Mimbrales y que siempre se había conocido por allí como Laguna de las Ratas—, a ver si le dan trabajo en las plantaciones de guayules al Zarco, que acaban de echarlo, otra vez, de la cárcel, mi sargento. El Guarda Mayor no sabía ya qué hacer con aquel hombre. Lo cogía furtiveando una vez y otra, y unas veces lo denunciaba a la Guardia Civil y otras no; unas veces la Guardia Civil le daba una paliza, otras veces lo metían en el calabozo del cuartelillo, otras veces lo mandaban a la cárcel de La Palma, otras veces a la cárcel de Huelva... y vuelta a empezar: yo vivo de esto, y si no trabajo, no como, ni comen mis chiquillos, así que cada uno cumpla con su oficio. Y de ahí no salía el Zarco cada vez que el Guarda Mayor lo sermoneaba o

la Guardia Civil le calentaban la jeta; eso cuando decía algo, que la mayor parte de las veces no era precisa la palabra; no era necesaria para cosa tan obvia, tan rutinaria, ni, la verdad, tampoco el Zarco era hombre de muchas palabras, todo lo contrario.

En fin, que llega un día tu padre al cuartel y me dice por qué no me acompaña usted a hablar con el encargado de Los Aguayules a ver si le dan allí algo al Zarco y así nos lo quitamos los dos de encima de una puñetera vez. Bueno, Manuel, lo que usted diga, pero me parece a mí que es para nada, ¿eh?, le dije yo. Y así ha sido. A ese hombre no hay quien lo baraje. Hablamos y lo colocaron, y ahí lo tienes, poco más de dos meses ha durado. Como dice el refrán, la burra... ¿eh!

Aparte del «¿eh?» machacón con el que adornaba su discurso, en un intento de reforzar su mensaje y su autoridad, el sargento, por aquello de la economía del lenguaje, tendía a recortar las frases, sobre todo las frases hechas, y los refranes, de los que tanto gustaba, de manera que a veces resultaba misterioso porque no se le acababa de entender lo que quería decir. Pensaba el de la Benemérita que esa cosa del sobreentendido le daba cierto prestigio, cierto tono a su discurso.

Conque mi padre. Ya me extrañaba a mí que le dieran trabajo al Zarco en Los Aguayules. Ya me extrañaba a mí, insistía caviloso Ventura Montero una y otra vez. Pero ni mi padre ni el Zarco me han dicho nunca esta boca es mía, y mira que los veo a los dos casi a diario. Claro, así veía yo en el tajo al Zarco y andaba el hombre siempre con tantas atenciones conmigo, más de la cuenta, con

lo mulo que es; que andaba yo ya con la mosca detrás de la oreja: éste lo que quiere es conchabarse conmigo por si lo cogen furtiveando. Es lo que me pareció, claro, y parece que el hombre lo que estaba es agradecido, vamos, digo yo. Como iba a imaginarme yo que era por eso. Conque mi padre y usted.

Montero se acercó a su tractor, uno de los dos Unimog, con esa leve sonrisa en los labios, irónica o simplemente chulona, tan característica de los de su casta. Alto, delgado, con andares de galán de cine, se quedó mirando la máquina sin cambiar de expresión, como diciéndole al tractor tú no estás para estos trotes, compañero.

Y qué es lo que te extraña, Montero. Eso es una cosa corriente, terció Antonio Camacho, un guarda del Patrimonio Forestal que había ido a llevar plantas de eucalipto y le había cogido allí la nevada. Hombre ponderado y sereno, ecuánime; uno de esos hombres para los que, hasta que no se demuestre lo contrario, todo está bien.

Muchas veces —continuó Camacho— uno se cree que sabe las cosas y no sabe de la misa la media. Cada uno cuenta la feria como le va, o como la ve, pero hay muchos feriantes y cada feriante sabe un cachito de la feria. Así es la vida, cada uno sabemos un cachito y ignoramos la parte gorda. A mí una vez me contaron tres personas la misma historia. Ninguno de los tres sabía que los otros dos me la habían contado, así que después de todo, yo, que no había ido a esa feria, terminé sabiendo más de la feria que ellos; sabía lo que los tres

juntos, pero tampoco sabía la historia entera, porque, como digo, las historias enteras nunca se las sabe nadie. Al final me quedé con mis dudas, y haciéndome muchas preguntas sobre aquella historia. Amén de que lo que contaron unos y otros algunas veces no terminaba de casar, y ninguno quiso engañarme, de eso estoy seguro, por los tres soy capaz de poner la mano en el fuego ahora mismito; pero cuál de ellos no me contó la verdad o toda la verdad. Vaya usted a saber. Puede ser que los tres creyeran que me estaban contando la verdad, o que ninguno supiera la verdad-verdad, porque cada persona cuenta las cosas a su manera, depende de la ventanita por la que esté mirando. Pero, claro, yo no se lo iba a decir a ellos, no iba a querer enmendarles la plana si ni siquiera había pasado por allí. Eso pasa muchas veces —cerró su argumento el guarda—, casi siempre. Habría que ser Dios para saberlo todo de todo, Montero... Y..., remató misterioso echando la cabeza atrás, con los ojos muy abiertos y levantando la mano con el dedo tieso a la altura de la cara, como el que está amonestando o previniendo de algo.

Por unos momentos el hangar quedó en silencio. A sus inquilinos se les hacía raro, les perturbaba el paisaje nevado que se asomaba agresivo a las ventanas. Absurdo. Cómo habrá que comportarse en estos casos, parece que se preguntaban, desconcertados, con cara de aquí qué está pasando. Se les veía desubicados, como los pájaros cuando les desbaratan el nido, sin saber dónde posarse; suspensos en una atmósfera exótica, marineros

en tierra, pollos en corral ajeno. Ninguno guardaba ni en sus recuerdos propios ni en los heredados una nevada en Doñana. Aquella nieve tan blanca que llevaba horas cayendo lenta y pesada les resultaba más bien cosa de prodigio.

Camacho..., y qué historia es ésa que te contaron tres veces, ¿eh?, rompió al rato el sargento de la Guardia Civil, que se había refugiado en el hangar de los tractores ante la imposibilidad de seguir su ruta de inspección por La Vera, que subyacía sorprendida bajo un intempestivo, helado y blanco ropón.

Bueno, cosas que pasaron en los tiempos de la guerra allá por la sierra, mi sargento, contestó sin mirarlo el aludido con la mano en alto, como señalando el Norte. El resto de los presentes fijó su atención entonces en el guarda del Patrimonio, intuyendo que se iba a arrancar con el cuento, y el hangar comenzó a transformarse en una de aquellas cuevas o abrigos en los que, alrededor del fuego, los chamanes relataban las historias de la tribu.

Al amparo del hatillo de Juan Villa, había construido el Patrimonio Forestal del Estado dos hangares. «Barracones», dieron en llamarlos los del lugar. Las plantaciones de eucaliptos, que inundaban ya por esas fechas todo El Abalarío, acababan de llegar a la zona a lo grande, en una medida que superaba ampliamente los cánones tradicionales de cualquier otra actividad llevada a cabo en los cotos. Todo estaba revestido de la fatuidad propia de los tiempos. Incluso, para ponerlo a la altura de las

circunstancias, le dieron por entonces al guarda del hato el lujoso título de Capataz de Repoblación Forestal.

Iba en principio uno de esos hangares o barracones destinado a cochera para cuatro tractores y el otro de almacén, pero este segundo se utilizó desde el primer momento como vivienda de trabajadores. Nunca se llegó a almacenar nada en él. Eran unas construcciones desatinadas, chirriantes en sus formas. Impresionaban como dos marcianos junto a la casita del hato, tan prudente, tan razonable, de paredes blancas y tejado a dos aguas vestido de tejas árabes. Se construyeron los hangares a partir de una estructura de mallas de hierro cubiertas de cemento que se alargaban como veinte metros, formando una especie de bóveda de cañón ondulada bajo la que se cobijaban apretujados los tractores y un pequeño taller mecánico, en uno, y trabajadores, transeúntes la mayor parte de las veces, en el otro. Habían traído a un grupo de albañiles de la Isla del Arroz para su construcción a manera de las barracas de los arrozales; de manos de los alarifes de la zona jamás podría haber salido semejante extravagancia, eran como dos gusanos, como dos gigantescas orugas grises varadas tras la recatada casita del guarda.

En aquel momento ocupaban el barracón de transeúntes un tractorista, su mujer y una hija pequeña. Del tractorista muy bien se podría decir que era una de esas personas más bien oscuras, un hombre parco en todos los sentidos posibles, de éstos que parece que, como por aquí se dice, se han tragado la maja; de éstos que no dicen nada por no molestar o simplemente no tienen ganas ya

de decir nada, con esa especie de miedo en el semblante que, con más frecuencia de la debida, suele adornar el rostro de los pobres. Al contrario de lo que se podría decir de su mujer, Elvira. No era una mujer grande, aunque lo parecía, ni guapa, aunque podría parecerlo también; la cara ancha, carnosa, rubia de ojos claros y piel lechosa, el cabello lo tenía muy rizado, abundante, rebelde, igual que su risa, igual que todo en ella; una presencia sana, robusta, como una fuente de fruta fresca. La niña, Elvirita, era un calco de la madre. Marido y mujer eran primos hermanos, vecinos de toda la vida y novios desde adolescentes; se habían casado más bien tarde, por cosa de la guerra. El tractorista volvió del conflicto civil apagado, encanecidos el cabello y el ánimo, con una especie de indolencia refleja, eso a lo que se le llama equilibrio neutro. Poseído por un raro afán de caer, se sentía bien en cualquier lugar porque no pretendía estar en ninguno. Elvira lo mantenía en el mundo; de su mano iba sorteando a trancas y barrancas unos círculos en los que de otra manera se hubiera quedado definitivamente varado.

La historia tiene su aquél, dejó caer con sosiego Antonio Camacho ya tomando pose. El público se puso a buscar asiento sin dejar de mirar al espontáneo rapsoda.

Como se dijo, ninguno de los presentes guardaba en la memoria semejante nevada. En algunos inviernos muy fríos sí que habían caído pequeños copos, pero nunca cuajaban. Aquello era otra cosa. Todo aparecía cubierto

por muchos centímetros de nieve. Los caminos se habían perdido. Los árboles tiritaban sobrecogidos con las ramas desgajadas. La madre de la marisma, inundada en estos días invernales, era un espejo velado y quieto tras el cual apenas si se intuían las formas oscuras de la ermita de la aldea, con sus dos discretas espadañas y las chozas oscuras y las casas blancas al pie. Los animales, apocados ante tanta novedad, se acurrucaban donde podían en espera de alguna señal que los liberase de aquel desorden, de aquel despropósito de los cielos. El mundo había desaparecido, no era más que un blanco cendal ondeando contra el que la luz estallaba contrayendo las pupilas de los animales y de los hombres de estas tierras tan ajenas a tan impíos y gélidos meteoros. Había desaparecido también el pulso de la vida, la voz del campo. Sólo silencio, un silencio limpio, rotundo, cristalino y quieto.

En un bidón de gasoil cortado por la mitad habían echado brasas de encina que hacían del deslucido y minúsculo taller mecánico un lugar sociable y tibio. Con la nevada, el tiempo se hizo lento y blanco, neutralizando cualquier posible deseo de acción, como si los cielos hubieran declarado un día de fiesta. Sentados en corro alrededor de las hospitalarias ascuas, la voz tranquila de Antonio Camacho fue sometiendo la atención de la singular concurrencia: el sargento y un número de la Guardia Civil; dos de los ocho tractoristas —Monterito uno y el marido de Elvira el otro—; el flamante Capataz de Repoblación Forestal con su mujer, Coral, y su hijo Antoñito; y el nómada Pedro Rompejierro,

diligente vagabundo oficial de La Vera, temblón, con medio cuerpo paralizado —se contaba que a causa de una mítica paliza que de mozo le dispensaron los del tricornio—, que había atracado allí el día anterior tiritando de frío. Parsimoniosos, fueron tomando asiento todos al reclamo de la presumible relación, igual que, al atardecer, las gregarias garcillas boyeras se van posando morosas en las ramas retorcidas de los alcornoces.

Cuando me destinaron a la sierra, estuve un tiempo viviendo en un poblado que estaban haciendo allí por entonces para los trabajadores del Patrimonio. Y allí fue donde me contaron aquellas tres historias a las que me quiero referir, que son, como digo, la misma historia. Bueno, no sé, en parte, como ahora veréis. Antonio Camacho era más bien bajo, enjuto, pausado, vestía el recio traje de pana de reglamento, de un verde tierra algo descolorido, desgastado. Tenía ya una edad, andaba por este mundo desde el último lustro del siglo XIX. Yo he sido siempre muy curioso, me ha gustado siempre mucho escuchar, sobre todo a las personas mayores. Así he aprendido lo poco que sé, escuchando, porque a leer y a escribir aprendí tarde, yo solo, y no mucho para lo que me hubiera gustado, aunque algunos buenos libros sí he leído, y sigo leyendo, que no hay cosa que más me guste ahora que ya voy siendo viejo.

Camacho suspendió el relato por un mometo. Se quitó el sombrero de ala ancha en el que lucía una escarapela roja y gualda, lo sacudió, pasó el antebrazo a lo largo del ala para secar las gotitas de agua que los copos al

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables
14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
La trayectoria de los aviones en el aire
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor
24. Daniel Mella
Lava
25. Miki Naranja
Palabras de perdiz
26. Esmeralda Berbel
Irse
27. Jimena Néspolo
Las cuatro patas del amor
28. Juan Villa
Voces de La Vera
29. Silvia Eugenia Castellero
Eloísa

30. Karla Suárez
Habana año cero
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
El lanzador de libros
32. Osías Stutman
Mis vidas galantes
33. Rosario Izquierdo
El hijo zurdo
34. Daniel Mella
Trilogía del dolor
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall
Epistolario
36. Juan Bautista Durán
Tantas cosas dicen
37. Rosa Chacel
La confesión
38. Rosario Izquierdo
Lejana y rosa
39. Flavia Company
Dame placer
40. Esmeralda Berbel
Habitarlo todo seguido de Calma corazón, calma
41. Miguel Ángel González
Un nublao de tiniebla y pedernal
42. Flavia Company
La dimensión del deseo por metros cuadrados
43. Juan Villa, Constanza Ternicier, Karla Suárez,
Ana Santamaría, Andrea Mayo, Miguel Ángel
González, Ernesto Escobar Ulloa y Juan Bautista
Durán

- De la solastalgia*
ocho relatos naturales
44. Andrea Mayo
La planta carnívora
45. Ricardo Martínez Llorca
El viento y la semilla
46. Valentina Marchant
El reverso del agua
47. Juan Manuel Zurita Soto
Arauco
48. Osías Stutman
El mar de Bohemia. Poesías completas 2003–2022
49. Ana Santamaría
Libres
50. Andrea Jeftanovic
Geografía de la lengua
51. Juan Villa
Mal tiempo

Los personajes que atraviesan las dos ‘nouvelles’ que conforman *Mal tiempo* «están marcados por la mezcla y el cambio de tono a través de los años de la guerra y los primeros de la posguerra», tal como escribe J.J. Díaz Trillo en el epílogo. El territorio en el que transcurren los hechos es también determinante, Doñana y sus alrededores, vívidamente conocidos por el autor y en los cuales viene centrando su obra literaria. «Las ficciones de Juan Villa, tan arraigadas en la realidad, no tienen tesis ni moraleja. Son los personajes, sus aventuras, y desventuras sobre todo, y el propio paisaje, los que transmiten al lector un profundo sentido ético, el testimonio de vidas tan complejas como desbaratadas, la razón de una existencia precaria en medio de la extraordinaria exuberancia de una naturaleza pródiga y hostil a un tiempo. No hay línea que no respire la verosimilitud de un humanismo atado a la misma sintaxis de la escritura; verbo el suyo que casi se respira y se toca encarnando tramas de estremecedora verdad», destaca J.J. Díaz Trillo.



Nueve años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2023